

Fray Miguel de Alonsótegui, Axular y el vascuence*

I. De Lotario Segni a Miguel de Alonsótegui

La publicación en nuestros días, por primera vez, de un libro fechado en 1561 produce una impresión ambivalente. Por una parte grata, la complacencia por que, al cabo, el texto llegue a obtener la difusión a que aspiraba y que, sin duda, merece; mas por otra parte desazonadora, pues confirma, una vez más, el insuficiente crédito que la actividad cultural ha recibido en España y, en consecuencia, el tradicional menosprecio hacia las letras en los círculos gobernantes. Y esa doble impresión se acentúa ante el libro de esa fecha que motiva este comentario, el *Tratado humilde y nescesario en el qual se muestra la vida miserable y continuos trabajos que padece el hombre del día en que nasce al mundo hasta la ora de su muerte*, del fraile mercedario Miguel de Alonsótegui, Comendador del convento de Burceña, editado y rescatado del olvido por la Diputación de Vizcaya en 1970. Pues fray Miguel de Alonsótegui (¿1520/1585?) no era un desconocido en la literatura española; Juan Ramón de Iturriza (1741/1812), en su *Historia general de Vizcaya* (que también permaneció inédita hasta 1884), cita y utiliza una *Crónica de Vizcaya*, de notable interés a juzgar por las menciones de la misma, escrita por Alonsótegui en 1577, y que sigue no sólo inédita, sino extraviada y quizá perdida. Mas el *Tratado* ha tenido mejor fortuna, exhumado en el *Inventario general de manuscritos de la Biblioteca Nacional* (Madrid 1965, vol. VIII, p. 61), consta ya impreso gracias al empeño de Carlos González Echegaray y a la escrupulosa transcripción del manuscrito verificada por el P. Pedro Ortúzar, quien además prologa la edición del texto.¹

Pero el conocimiento de la prosa de Alonsótegui puede suscitar en el lector actual impresiones más personales que proceden del contenido de su obra. Se trata, como su explícito título declara, de un libro de ascética. Tanto el P. Ortúzar como Luisa López Grigera, autora de un breve «Estudio sobre el estilo y fuentes de la obra» adosado al

* Parte de estas páginas en una primera versión se publicaron en la revista —ya desaparecida— Estudios vizcaínos. Con otros ensayos afines se incluirán en el libro Euskariana. Gentes y temas del País Vasco de próxima publicación.

¹ La existencia del manuscrito de Alonsótegui ya constaba, según afirma el P. Ortúzar en su prólogo al libro (p. XVI), en la Bibliot. Scriptorum Ordinis B. Mariae de Mercede del P. Hardá. Pero sospecho que sea la aparición del manuscrito en el mencionado Inventario lo que habrá suscitado esa averiguación. ¿Se dice algo en esa Biblioteca de la Crónica de Vizcaya?

De la Historia de Iturriza existe una cuarta edición, que mejora sensiblemente a las precedentes, realizada por Angel Rodríguez Herrero, y publicada en la colección «Fuentes para la historia de Vizcaya» (Bilbao 1967) del editor Arturo Diéguez, que tantas otras buenas obras lleva efectuadas en la bibliografía vizcaína.

final del libro, acusan el «pesimismo» del autor. Pero ello delata principalmente el contraste entre dos sensibilidades y la desorientación del lector contemporáneo al confrontarse con una literatura consonante a una jerarquía de valores que invierte la hoy habitual. López Grigera llega a juzgar incluso «extemporánea» en la fecha del manuscrito la aparición del tema de la *miseria hominis* (p. 232), y le busca semejanza en los temas barrocos del «desengaño»: «en lo temático está nuestro autor situado a mitad de camino entre lo medieval y el siglo XVII, pero sucede que está más en el siglo XVII que sus coetáneos» (p. 239). En el mundo moderno es, ciertamente, el barroco la era en que hallamos esos acentos reiteradamente expresados, y como miembros todavía de ese mundo moderno —que, sin duda, concluye en nuestro siglo— tendemos a interpretar tales temas situándolos en esa resonancia relativamente próxima. Sin embargo, la congruencia entre Alonsótegui y la literatura ascética de su tiempo es tanta que en torno a la fecha de su *Tratado* (1561), se sitúan, entre otros, los libros tan clásicos como la *Guía de pecadores* de fray Luis de Granada (1556), o el *Tratado de la vanidad del mundo* de fray Diego de Estella (1565) y por su contenido, según veremos, la inspiración es más bien retrospectiva. Importa recordar que el tema de la *miseria hominis* ha tenido una —hasta ahora— última floración dentro de la cultura occidental en el «desengaño» barroco, pero la serie de situaciones precedentes es muy dilatada y conviene considerar su conjunto para caracterizar a sus testimonios singulares. Y no me refiero sólo a los maestros del género, como Gerardo Groot (1340/1384), Juan de Gerson (1363/1429) o Tomás de Kempis (1380/1471), en el otoño de la Edad Media, ni a sus siglos centrales, sino fuera y más allá de la tradición cristiana, a las distintas etapas del estoicismo, y aun a la supuesta permanente primavera helénica, pues en el siglo V con Anacreonte convive Teognis, y si bien la *askesis* significaba entonces el entrenamiento del gimnasta, la *amekhanía* era también un concepto en uso y representa la índole precaria, menesterosa e insuficiente de la vida humana. Los estudios de Dodds *The Greeks and the Irrational* (1951) han divulgado la presencia en el pensamiento griego de una «cultura de la responsabilidad» cuya analogía con la conciencia cristiana del pecado parece sensible. Lo cierto es que el tema de la manquedad de la existencia humana reaparece por todas las esquinas de la historia. Pero el objeto de este comentario no es abordar tan compleja cuestión sino participar al lector cuál ha sido la «fuente» medieval de Alonsótegui.

La causa de mi hallazgo es del todo casual. En la costanilla de Claudio Moyano, al borde del Jardín Botánico madrileño, perdura una feria permanente del libro viejo. Y a pesar de su actual escasez, que ha forzado a los feriantes a promiscuar su mercancía con los colorines del libro nuevo, si se la frecuenta con alguna insistencia, todavía, pueden surgir piezas estimables. Así, hace algunos años, adquirí un grueso librito, encuadernado en badana, que albergaba los siguientes volúmenes: *De imitatione Christi*, que atribuye a Ioannis Gersonis; *De contemptu mundi, sive de miseria conditionis humanae*, por Innocentio Papa III authore (1161/1216), y *De perfecto mundi contemptu*, por D. Dionysii carthusiani (1402/1471); los tres libros, de 256, 112 y 568 páginas respectivamente, pero todos impresos en Lugduni, apud Theobaldum Paganum, MDLXI. El tomo contiene además 28 páginas, sin lugar ni año de impresión, que reproducen la «Admonitio Beati Augustini Episcopi, de ebrietate cauenda» y, por último, los *Gemidos del corazón contrito y humillado...*, del R.P. Pedro Calatayud, en Valencia y año

MDCCXXXVI. Se trata pues de una compilación ascética que va desde sus orígenes cristianos en un Padre de la Iglesia (354/430) hasta el jesuita Calatayud (1689-1773) en quien el género se degrada en esa oratoria vanamente retórica de la que, precisamente, su coetáneo y compañero de religión, el P. Isla (1703/1781) se burlaría en su famoso *Fray Gerundio de Campazas* (1758).

Mas el texto que importa a nuestro caso es el atribuido a Inocencio III. Al parecer, fue escrito por Lotario Segni antes de acceder al papado en 1198; él mismo y su sobrino Ugolino (1170/1241), Gregorio IX desde 1227, protegieron al Poverello (1182/1226). En esta edición lleva una dedicatoria firmada en 1534 por Ioannes Cochleus (Dobneck, 1479/1552), el rival de Lutero, y dirigida a Cutberto Tonstalle (Tunstall, 1475/1559), el prelado inglés que aprobó el divorcio de Enrique VIII con Catalina de Aragón y que tuvo reiterada relación con la Corona española. En ella, Cochleus pondera el mérito del libro y justifica el desprecio del mundo con el dicho de Sócrates: «Quale fuit antiquum Socratis dictum: Hoc vnum scio, quod nescio». Pues bien, el tratado de Segni es el modelo al que con fidelidad se atiene nuestro fray Miguel de Alonsótegui.

La reciente edición del *Tratado* del Comendador de Burceña me llevó a conocerlo y su lectura, por la razón a que luego aludiré, a prolongar el trato con el tema mediante otros ejemplos de la literatura ascética española; y al cabo, también a las páginas del grueso librito del XVI. Las analogías entre los tratados de Segni y de Alonsótegui son tan manifiestas que la filiación se hace enseguida patente. De antemano, cabía la sospecha de que el libro de Alonsótegui seguía un modelo antiguo, al apreciar que sus citas se reducen a pasajes bíblicos, patrística y autores clásicos griegos o latinos, y nada posterior. Las coincidencias incluyen los siguientes extremos: ambos tratados están divididos en tres partes; los XXI capítulos de la primera en Alonsótegui consisten en paráfrasis, o traducción, con supresiones y anexiones, y en su mismo orden, de los temas de los XXIX de la de Segni; y lo propio ocurre en las segunda y tercera con los capítulos XIV y VI, y XLIII y XVII respectivamente, algunos capítulos de Segni se han omitido y otros son del todo nuevos; pero en ocasiones Alonsótegui extrae las citas y comentarios de un capítulo de Segni para situarlas en distinto lugar de otro suyo (buena parte de las citas de filósofos gentiles son novedad de Alonsótegui). De suerte que sería menester un cortejo minucioso, que no he verificado en su detalle, para precisar la cuantía de lo aportado originalmente por Alonsótegui. Pero con lo advertido basta para probar cuál fue el modelo que sigue Alonsótegui y el que éste, por tanto, se inspira fielmente en el fondo medieval del último cuarto del siglo XII.

Sin embargo, y aunque las páginas que ofrecen estricto paralelismo parecen abarcar parte considerable del *Tratado*, sería un error estimar que este atenuamiento a un modelo disminuye el mérito de nuestro mercedario vizcaíno. La aspiración a la originalidad es un carácter moderno, exacerbado desde el romanticismo, pero ajeno a las pretensiones de la ascética cristiana. Lo que en ella pretende decirse es, precisamente, lo que ya está dicho por quien tiene máxima autoridad para consagrarlo, y lo que importa es reiterarlo, si bien, de tal modo que ello resulte persuasivo y eficaz en los nuevos lectores a quienes el texto se dirige. Y me parece que, dentro de la visión cristiana del mundo, las páginas de Alonsótegui ofrecen toda la fuerza de convicción y expresividad deseables.